

EDITORIAL

REESTRUCTURAR LA MEDICINA DEL DEPORTE SI, PERO CON SENTIDO COMUN

Es evidente que si contemplamos la situación actual de la Medicina del Deporte en nuestro país, no podemos en absoluto sentirnos ni medianamente satisfechos: pero que quede constancia que esa insatisfacción es tan compartida y tan profunda desde dentro como lo pueda ser desde fuera.

No hace todavía un año, y en una editorial de esta misma revista, hacía alusión al incierto porvenir de la Medicina Deportiva, por lo que de ilusionado y escasamente objetivo tuvo su inicial planteamiento, y la descorazonadora y ambigua visión con que se abordaba su problemática actual.

Diría que, desde dentro, el marco de referencia a que podemos acudir, es tan difuminado, tan impreciso que, realmente, adelantar una opinión programática sobre hacia dónde vamos a partir de la realidad de donde estamos, es tarea harto difícil hasta para el más experto de los futurólogos.

Sin embargo yo diría, que la dificultad de predicción no reside en la complejidad de aplicación de una ciencia —en este caso la medicina—, a una actividad humana —en este caso el Deporte—, sino más bien en la incapacidad de buscar objetivos y de instrumentar medios.

En principio es incuestionable el hecho de que, aun ahora, la Medicina es aceptada y comprendida como recurso accidental y forzado en el marco de lo deportivo. Su aplicación terapéutica adquiere un protagonismo indudable, y la espectacularidad del acto quirúrgico —unido a intereses socio-económicos individuales y colectivos—, la hacen aparecer como ciencia necesaria e indiscutida dentro del Deporte.

Por el contrario la investigación en fisiología del esfuerzo, su aplicación a la metodología del entrenamiento y el control biológico del deportista, se ha mantenido, desde siempre, en un segundo plano. El difícil y lento camino del laboratorio, la compleja aplicación práctica de sus hallazgos experimentales y la necesaria traducción de su lenguaje a través de la técnica deportiva, convierten esta parcela de la Medicina en una intrusa poco rentable que, curiosamente, pendula entre el desprecio del ignorante y la exigencia reverencial del papanatas.

Con un planteamiento inicial de esta guisa —tan crudo por ser tan real—, y ante el recuerdo "histórico" de lo que ha sido —y sobre todo de lo que ha significado—, la Medicina Deportiva en nuestro país, no creo resulte

extraño mi natural excepticismo ante el anuncio de posibles reestructuraciones de la misma, dentro del marco de actualización de nuestro Deporte.

Por descontado, que si una vez más vamos a seguir creyendo y esperando, lo hemos de hacer con la certeza de que todo va a cambiar, pero con cordura y sin fuegos de artificio.

Si en el ánimo del Consejo Superior de Deportes está en programa una correcta proyección de la Medicina en el Deporte, entiendo obligada la consulta directa y formal a los principales responsables de que esa proyección sea un hecho. Es imprescindible sentar unas bases iniciales de partida y una fijación de objetivos, en el marco de la realidad deportiva del país, sin triunfalismos ni vaguedades, atributos que no le van precisamente a la rigurosidad y pragmatismo que exige la investigación científica en todas las áreas y a todos los niveles.

No basta con la actitud demagógica del "ésto no marcha y hay que cambiarlo", hay que plantearse el porqué no marcha y por qué lo vamos a cambiar.

Insisto, es posible no, es cierto que la Medicina del Deporte debe reestructurarse; diría más, debe cambiar totalmente de criterios y acomodarse a los intereses reales del deporte, como ciencia aplicada al mismo; debe abrirse a un intercambio científico con todos los centros de investigación médica del país y no encerrarse en el limitado y estrecho reducto del estudio personal e intransferible; debe convertirse en un quehacer profesional serio y de plena dedicación...

Pero para todo ello, como para todo, es preciso planificar con sentido común.

J. G.